

## TLACOTALPAM Y COSAMALOAPAM.

Tercera ocupación de Tlacotalpam.—Salida de los republicanos.—Alternativas de la campaña.—Tres columnas del enemigo marchan por distintos puntos para ocupar definitivamente la costa.—Más peripecias.—Fuga del Jefe de Hacienda llevándose los caudales públicos.—Su aprehensión.—Desavenencias entre los Jefes principales y sus consecuencias.—Malas medidas dictadas por el General García.—Reconocimiento de la plaza de Tlacotalpam el día 8 de Agosto.—Asalto del día 10.—Retirada.—Entrega la plaza el Coronel imperialista Camacho.—El Capitán Ramos en Conejo.—Reocupación de Tlacotalpam.—Nuevo relevo del General García.—Lo sustituye el General Benavides.—Separa de sus puestos á algunos empleados del Gobierno.—Destierro del Jefe de Hacienda.—Su relevo por el C. Albino Carballo Ortegat.—Vuelve García al mando.—El ex-Coronel Archavaleta releva á Carballo Ortegat, quien marcha á Oaxaca.

### I

**T**OCAMOS al final de nuestros "Recuerdos," como tocaban á su fin los acontecimientos que por más de cuatro años consecutivos tuvieron en constante alarma á los costeños, quienes, en lo general, fueron defensores de la independencia patria, prefiriendo arrostrar las consecuencias de la guerra, tomando participio activo en ella con perjuicio de sus intereses, de sus propias comodidades y de las de la familia, á permanecer fríos espectadores de la invasión con que á mano armada, y hollando los fueros de la dignidad, de la razón, de la justicia y del derecho, se pretendía imponerles el yugo de un príncipe aventurero, que en alas de su ambición se forjó mentidas ilusiones para recobrar en México el prestigio que había perdido en Europa, dando valor á infan-

mes maquinaciones urdidas por traidores y apoyadas por un César moderno, tan despreciable como hombre, como fementido y desleal como gobernante.

El Archiduque Maximiliano había firmado su sentencia de muerte al signar la sanguinaria, feroz y antipolítica ley de 3 de Octubre, y Napoleon III echó los cimientos del cadalso del Cerro de las Campanas al retirarle su apoyo, cuando el leal pueblo francés, por medio de algunos pocos, pero patriotas, de sus representantes, le pidieron estrecha cuenta de su conducta y de la sangre que sus hermanos iban á derramar, allende los mares, por una causa bastarda, innoble, sin gloria y sin honor; Pío IX, cómplice del atentado, sancionaba los hechos al negar su mediación á la intermediaria del iluso Príncipe á quien, en unión de su loca consorte, llenó de bendiciones pontificias cuando fueron á pedirle de rodillas, y deponiendo toda su altivez, que sancionara la reprochable, ilegal y atentatoria empresa de robar la libertad de un pueblo que ningún mal les había hecho.

El Almirante Dunlop y el General Prim, arrostrando las consecuencias y la responsabilidad de sus actos ante sus Gobiernos respectivos, destruyeron los efectos de una Convención donde la mentira, el dolo, el fraude y la mala fe que se traslucían en cada frase sirvieron de base para establecerla, rehusando el asociarse á las bajas intrigas de un gobierno inmoral, corrompido y cínico, de un Gabinete servil y bajo, y de una Cámara aduladora, antipatriótica, débil y vendida al Soberano. Juárez hizo frente á la situación creada por Saligny y sus paniaguados: el continente americano protestó con su actitud firme, enérgica y digna, negando todo reconocimiento al nuevo orden de cosas establecido contra toda ley y derecho; el Gobierno de la Casa Blanca, á pesar de hallarse en circunstancias críticas, debido á la guerra civil que dividía á su nación, hizo saber al de las Tullerías que jamás consentiría que en América se atacara el derecho de ninguno de los pueblos del continente; y aquel feble edificio, basado

sobre tan débiles como vacilantes cimientos, vino abajo entre las maldiciones de las viudas y de los huérfanos que lloraban su desgracia, originada porque sus deudos habían sido sepultados bajo sus escombros. Puebla reivindicaba el glorioso nombre que había conquistado el 5 de Mayo de 1862; Querétaro había entrado en el período álgido que precede á la agonía; y mientras en México los sitiadores arrancaban á balazos la ridícula é infamante corona que la mano aleve de un viejo decrepito había colocado sobre la arrogante cabeza del águila azteca, cual si fuera la *calota* de un zuavo, un pelotón de soldados tendía á sus pies, exánime y sangriento, al temerario que había osado poner su mano sobre el arca de las libertades patrias, para hacer de un pueblo de ciudadanos libres, un pueblo de siervos y vasallos.

## II

La costa de Sotavento, en el territorio veracruzano, fué la primera en emanciparse totalmente del yugo extranjero, pudiendo tener el orgullo de decir, que cuantas veces intentó dominarla el enemigo, otras tantas lo escarmentó de una manera terrible; y que una parte de su suelo, el Cantón de los Tuxtlas, jamás fué hollado por la planta del invasor.

Los acontecimientos posteriores á la fuga del General Díaz de su prisión de Puebla: los sucesos de Oaxaca luego que el propio caudillo reconquistó el territorio donde viera la primera luz y donde dió sus primeros pasos en la senda del heroísmo y del valor, fortalecieron el espíritu público de la costa; y el último llamamiento al patriotismo de sus hijos excedió las esperanzas del General en Jefe de la línea militar de Sotavento.

Habían pasado los postreros días de prueba, de amargura, de vacilación, causadas por hechos que sin afectar en lo más mínimo el interés de la verdad histórica debimos relegar al olvido, toda vez que, en último análisis, sólo revelaban los

efectos de la debilidad humana. La injustificable y encarnizada persecución que el General García desplegó contra algunos jefes y oficiales por sólo el hecho de *creer* que no le eran adictos; la deserción del Teniente Monclús; el alzamiento en armas de Acayúcam, y en el cual asesinaron villanamente al Teniente Coronel Santelices y al Subteniente Rasilas; el fusilamiento del cabecilla de esta inmotivada rebelión; las desavenencias entre el General en Jefe y su segundo; la mala defensa hecha en el "Callejón del Fraile;" la fuga misteriosa del Jefe de Hacienda llevándose los dineros de las tropas, su aprehensión, enjuiciamiento y relevo; su destierro de la línea militar; la persecución que el nuevo Jefe Benavides desplegó contra algunos empleados de la Secretaría de Gobierno á quienes destituyó, son incidentes aislados y secundarios del objeto principal; funestos y desmoralizadores, sí, pero ajenos á la acción general de los sucesos: y si en parte fueron factores de la desmoralización y enfriamiento de las tropas, después de haber enfriado y desmoralizado á los costeños, no significan, en la historia, sino el desbordamiento de las pasiones del hombre, la lucha de la justicia contra el crimen, y la tendencia común y constante del dominio del fuerte contra el débil, ó la satisfacción de miras ruines, criminales y bastardas.

## III

Ya desde el mes de Marzo (1866) se sabía á punto fijo que una nueva y formidable expedición se estaba preparando para invadir la costa de Sotavento: había comenzado su retirada el ejército francés, y aun cuando muchos de sus soldados, algunos centenares de hombres, se engancharon en el nuevo ejército imperialista, era su composición heterogénea, pues dicho ejército se componía de austriacos, húngaros, belgas, no pocos aventureros españoles, y como pie principal, de traidores, entre los que figuraban algunos antiguos jefes que militaron poco tiempo antes en las filas republicanas, y los que,

ó por poca fe en los principios que entonces defendían, ó porque se ilusionaron con el peligroso llamamiento que al partido liberal hizo Maximiliano, fueron á engrosar las filas de la traición, echando una mancha en su hoja de servicios, como la echaron en su reputación algunos otros que, en el foro y en la tribuna, en la prensa periodística y en las letras, en las ciencias y en las artes, habían sido honra del partido que luchó desde el principio, primero contra la Intervención, y después, hasta la conclusión de la campaña, contra el titulado Imperio.

Fué sin duda la campaña más bien dispuesta y organizada por parte del enemigo; y si no dió el resultado que se prometía fué seguramente porque apenas quedaban en blanco, en el libro de la historia patria, páginas para escribir en ellas, con letras de oro, los últimos episodios de una guerra desastrosa pero llena de gloria y de hechos heroicos desde el principio hasta el fin.

Cuatro columnas, fuertes de más de mil hombres cada una, debían invadir á la vez por Alvarado y Minatitlán, en la vía fluvial, y por Tuxtepec y por Omealca, en la de tierra. La primera columna ocupó á Tlacotalpam al comenzar la segunda quincena del mes de Abril: las tropas que guarnecían á la ciudad se retiraron, como en las veces anteriores, á San Jerónimo primero, y sucesivamente á Amatlán y á Cosamaloápam. La segunda no llegó á su destino, pues faltos los expedicionarios de buques de guerra porque parte de la escuadra francesa convoyaba la primera columna francesa que marchaba á su país, bajo la influencia de las amenazas del Gobierno de Washington, ni tuvieron medios de transporte, ni contaban con cañones que le guardaran el río. La tercera, conducida por un tal Solís, español, ex-Capitán de caballería en el ejército republicano, llegó bien hasta Tuxtepec; pero queriendo dejar espeditas sus comunicaciones con Oaxaca, se fraccionó un tanto, y fué derrotada en Soyaltepec por las fuerzas del Coronel D. Luis Pérez Figueroa. La cuarta, por

último, forzando el formidable "Callejón del Fraile," más terrible que el de la "Laja," pero muy mal defendido por Vázquez Aldana, á causa de las ambiguas órdenes que—dijo en su defensa—había recibido del Cuartel general, llegó á Cosamaloápam, donde sentó sus reales. La primera quedó á las órdenes del Coronel D. Mariano Camacho, y lo relativo á la parte civil, á las del Lic. D. Manuel Romo; de la tercera era Jefe un Coronel austriaco, y la última obedecía al Coronel Figuerero, quien luego pasó á Tlacotalpam, como segundo en Jefe. A su paso por Amatlán, y con el objeto sin duda de infundir terror, mandó incendiar los archivos de la comandancia militar que estaban guardados en la sacristía de la iglesia Parroquial, y los incendiarios arrojaron al fuego los de la misma iglesia, entre los cuales había manuscritos de gran valía y estima, entre otros, el que se decía contener la relación minuciosa de la ceremonia con que se dijo la primera misa antes de la erección del templo, sitio donde tuvo lugar la ceremonia, que, según la tradición, fué bajo un hermoso árbol de amate, de donde, se supone, tomó nombre el pueblo: Amatlán, como se dice hoy, ó Amatán, como pronuncian los indígenas de la población.

Nuestras fuerzas, muy inferiores á las contrarias en número y elementos de guerra, vinieron á quedar circunscritas, por los diversos movimientos que tuvieron que efectuar, á una zona muy limitada en donde apenas podían moverse libremente, muy fraccionadas y expuestas á ser batidas ventajosamente.

Veamos cómo se encontraban estas tropas, haciendo antes algunas explicaciones que son necesarias.

Cuando por orden superior fué relevado el Coronel García del mando de la línea avanzada sobre Cotaxtla, á causa del descontento que se produjo desde el encuentro de la "Laja," tenía su Cuartel general en el "Cocuite:" lo reemplazó el Teniente Coronel D. Juan B. Zamudio, quedando como Mayor de órdenes el del mismo empleo Izaguirre. Zamudio, á su

vez, fué relevado por el Teniente Coronel D. Lorenzo Fernández, permaneciendo Zamudio á su lado; pero ambos, algunos días después, marcharon para Acula, donde se encontraba el General García. Tlacotalpam y Cosamaloápam habían sido ocupados por el enemigo.

Las fuerzas que condujo Fernández, unidas á las de García, no obstante ser en reducido número, no podían moverse del punto que ocupaban, pues se hallaban encerrados en un círculo de hierro. Componíase de los restos de la sección de vanguardia, de los guardias nacionales de Tlacotalpam y Cosamaloápam, y de los batallones "2º Activo" y "Zaragoza;" éste en alta fuerza, y aquél con pocas plazas, aunque útiles para la campaña.

Las guardias nacionales de Acayúcam y Minatitlán cuidaban su propio territorio; y de los Tuxtlas, cuyo Cantón poco tenía que temer, pues allí jamás penetró el enemigo, salió una compañía en alta fuerza á las órdenes del Capitán D. Celso Ortiz, acampando en San Nicolás: su objeto era acercarse á Tlacotalpam, según lo permitieran las circunstancias, para hostilizar á aquella guarnición desde el otro lado del río, guareciéndose en el aserradero llamado de "Santa Rita." Conocida la audacia y bravura de aquel oficial, no es de extrañar la alarma en que tenía al enemigo, al que hostilizaba siempre que estaban ausentes las cañoneras: éstas á su regreso disparaban sus granadas sobre el edificio, al que causaron inútilmente muchos desperfectos.

Algunos jefes y oficiales de más ó menos categoría, permanecieron separados de sus puestos, porque no les era posible incorporarse al Cuartel general, pasando no pocos trabajos y miserias, expuestos á ser sorprendidos por el enemigo, pues tampoco se habían alejado demasiado del centro principal.

Se ve, pues, que la situación era por demás angustiosa.

## IV

Tan triste como terrible situación, que cada día que pasaba se hacía más insostenible para los defensores de la independencia nacional, llegó á prolongarse por más de dos meses, iniciándose el principio de una desmoralización completa; y ya en la primera quincena de Junio, notábase que las tropas, sin distinción de clases ni categorías, se mostraban resignadas y dispuestas á defenderse hasta la desesperación, pero sin esperanza de obtener el triunfo.

Las noticias que diariamente se recibían, dirigidas por agentes seguros y de toda confianza, coincidían perfectamente con las que, sin saberse á punto fijo de dónde partían, circulaban en las poblaciones entre la gente del campo y entre la misma tropa: todas eran desconsoladoras, pues ellas venían á confirmar las que, por decirlo así, tenían carácter oficial: todas estaban contestes en la próxima invasión de la tercera columna expedicionaria, que partiendo de Oaxaca debía penetrar por Tuxtepec, guiada por el traidor Solís, quien se olvidaba demasiado pronto que por mucho tiempo estuvo comiendo el pan del Gobierno republicano.<sup>1</sup>

Y no era lo malo solamente que los soldados y los mismos oficiales se resignaran á defenderse sin entusiasmo, sino que se murmuraba casi públicamente, y las reconvenciones eran muy directas al General en Jefe. Este, desde su llegada á Cosamaloápam, tenía frecuentes conferencias con su segundo

1 Este mal sujeto contrajo matrimonio, por esta época, con una rica viuda de los alrededores de Tuxtepec, tomando desde luego á su cargo la administración de los bienes, consistentes en ranchos, milpas y campos de labor. Desde que se hizo cargo de todo esto, desplegó un carácter duro, altanero y cruel, y los colonos y los sirvientes le tomaron un odio mortal. Antes de los seis meses fué encontrado entre una milpa materialmente cecido á puñaladas, sin que pudiera averiguarse quién ó quienes habían sido los autores de este homicidio.

el General Benavides, pero sin resultado alguno que pudiera calmar los ánimos, pues todos comprendían que siempre se tropezaba con la falta de elementos materiales y la superioridad numérica del enemigo.

La situación empeoró más al dar aviso Vázquez Aldana de su retirada del "Callejón del Fraile," cuyo paso forzó otra nueva columna para dirigirse á Cosamaloápam. Esto causó el disgusto que era natural, dada la confianza que había de que el enemigo sería derrotado allí, siendo así que no solamente forzó el paso, sino que hizo que nuestras tropas se dispersaran en diversos sentidos, tomando Vázquez Aldana el rumbo de Tesechoacam, con las que pudo mantener unidas, al dar el parte respectivo. García montó en cólera y hubo de retirarse á aquel punto también con las muy escasas fuerzas de que podía disponer; y la columna enemiga, compuesta de traidores, martinicos, egipcios y argelinos, ocupó la población abandonada, dos horas después, con tanta confianza como si desde antemano se le esperara. Por qué el enemigo no siguió en persecución de nuestras tropas, es cosa que se ignora, pues lo natural, lo que aconsejaba no sólo la prudencia, sino el mismo arte de la guerra, era que avanzara río arriba para apoyar la marcha de la columna que venía por el rumbo de Tuxtepec. No fué así, sin embargo: la columna expedicionaria tomó cuarteles en Cosamaloápam, puso á buen recaudo la batería de obuses que llevaba, almacenó lo mejor que pudo la inmensa cantidad de parque de que iba provista, y el Jefe que la mandaba, un austriaco, se instaló cómodamente en la casa de los señores Cué, con tal tranquilidad, que el cocinero que lo acompañaba, provisto de una buena batería de cocina, momentos después se encontraba desempeñando pacíficamente sus funciones culinarias.

Antes de anoecer, el General García, ya en Tesechoacam, tenía noticias exactas y minuciosas del número de hombres, sus armas, cantidad de parque, etc., de que disponía el citado jefe. Un antiguo oficial del ejército, capitulado en Pue-

bla y prófugo en Ixtapa,<sup>1</sup> que se había radicado en Cosamaloápam como comerciante, al tener la noticia de la nueva y poderosa invasión, pidió su reingreso al ejército al lado del General García, para continuar prestando sus servicios; pero el General le exigió que permaneciera allí con el carácter que tenía, para poder contar con un hombre de confianza, patriota y entendido, que pudiera ponerlo diariamente al corriente de las operaciones y movimientos del enemigo. El oficial resistió al principio, pero al fin tuvo que acceder á las exigencias de su superior.

Entretanto, la tercera columna avanzaba rumbo á Tuxtepec. Déjase entender que la combinación era rodear completamente á los republicanos, sin dejarles salida al Norte de la costa, para obligarlos á pasar la margen derecha del río; y una vez en la izquierda perfeccionar el cerco haciendo avanzar fuerzas desde Tlacotalpam á "San Nicolás" ó "La Cerca," y completar su movimiento de circunvalación, ocupando definitivamente los Tuxtles, Acayúcam y Minatitlán.

El conflicto era inminente, pero los días de prueba no habían pasado aún, y un nuevo incidente vino á poner todo de peor condición. Como si no fuera bastante ya para aquellos pobres soldados el estado de desmoralización en que se encontraban, porque prevenían un desenlace funesto, vino á aumentar la crisis por que atravesaban el peligro de no tener ni aun recursos pecuniarios con qué subsistir.

Algüen hubo de apercibirse, no obstante que los ánimos y la atención pública estaban preocupados con el enjuiciamiento del Coronel Vázquez Aldana, de que el Jefe de Hacienda había desaparecido del territorio ocupado por los republicanos y con él algunos empleados subalternos: las más funestas á la vez que afrentosas versiones corrieron en seguida de boca en boca, no en secreto, sino á voz pública, y entonces el referido Vázquez Aldana se apersonó con el Gene-

<sup>1</sup> El ex-Teniente Coronel D. Luis Echagara, hoy Administrador de Correos de Orizaba.

ral en Jefe, á quien hizo las más fuertes reconvenções sin obtener respuesta satisfactoria. Con su carácter de Mayor General expidió correos violentos á las Comandancias militares de Acayúcam y Minatitlán, que lo eran respectivamente el Coronel D. Tiburcio Montiel y el Mayor D. José A. Rodríguez Ayala, con órdenes para perseguir y aprehender al fugitivo Jefe de Hacienda y cuantos lo acompañaran, haciéndoles saber que había presunciones para creer que se llevaba consigo los fondos de la Jefatura, que se estimaban en más de \$ 60,000. Como por desgracia la tropa llegó á traslucir algo de este escandaloso suceso, al que no se le guardó la reserva debida, ya puede figurarse el lector las consecuencias de esta desaparición que nada podía justificar.

Afortunadamente, tanto Montiel como Rodríguez se movieron con tanta oportunidad como violencia, en pos del fugitivo, luego que recibieron el aviso de Vázquez Aldana; y de sus movimientos combinados, y de las noticias que recogieron entre algunos campesinos que aseguraban haber visto pasar uno ó dos días antes, en la madrugada, un grupo de ginetes que conducían "cajas de parque," resultó la aprehensión de los prófugos en la hacienda de "San José del Carmen," propiedad de un señor Maldonado, en el Cantón de Huimanguillo, en los límites de los Estados de Veracruz y de Tabasco.<sup>1</sup>

Aprehendido el Jefe de Hacienda y el cargamento de "parque" que conducía, y que no era otra cosa sino los fondos para el socorro de las tropas, fué reconducido al Cuartel general y encausado por orden del Mayor Vázquez Aldana. El resul-

<sup>1</sup> Entre los que acompañaban al Sr. Bárcena, Jefe de Hacienda, iban entonces Capitán D. Teodoro V. Ehlers y un tal Córdoba, ambos empleados en la misma Jefatura: como escolta iban dos ó tres celadores del resguardo terrestre de Cosamaloápam. Este ruidoso asunto sirvió más tarde al Sr. Lic. D. José Blas Gutiérrez para estamparlo como caso de prueba en su excelente obra de consulta "Códigos de la Reforma," que publicó en el año de 1870 ó 71, si mal no recuerdo.

tado, moralmente, no fué satisfactorio para el referido funcionario, aun cuando por las pruebas que rindió y por las comunicaciones del General en Jefe se pretendía establecer *que aquel había marchado por orden superior, llevándose los dineros para ponerlos en salvo, dada la situación de los republicanos, que hacía presentir la necesidad de pasar el río y abandonar el territorio costero para dirigirse á Tabasco, con el fin de continuar la defensa nacional.*

Naturalmente, nadie se dió por satisfecho, y menos aún Vázquez Aldana; y como á su vez se le seguía causa por el malhadado negocio del "Callejón del Fraile," el resultado fué que, sin renunciar el puesto que ocupaba, se marchó para Oaxaca con su Ayudante Romero, para dar cuenta al General Díaz, llevándose consigo la causa iniciada contra el Jefe de Hacienda, copia de la que á él se le mandó abrir, y original la orden que recibiera del General García cuando se le encomendó la defensa del punto tantas veces repetido, así como copia certificada de las instrucciones reservadas que también le fueron dadas.<sup>1</sup> Hizo, además, sacar dos copias de la causa contra Bárcena, las cuales remitió antes de su marcha una á Montiel y otra á Rodríguez para que hubiera constancias de ella y en todo tiempo pudieran hacer fe. El resultado de todo esto se hizo sentir más tarde.

## V

Las causas sagradas que defienden los pueblos, son las causas que protege Dios.

Un suceso inesperado, incomprensible de momento, vino á dar distinto giro á los negocios de la guerra y á crear una nueva situación, puede decirse, diametralmente opuesta á la que existía.

La columna austriaca que había llegado sin tropiezo hasta

<sup>1</sup> Entre las instrucciones había una que le ordenaba "que si el enemigo era en número superior, se defendiera sin exponer la vida de los soldados."

cerca de su final destino, al tratar de proseguir sus operaciones, fué detenida primero y derrotada completamente en seguida, como ya se ha dicho, en Soyaltepec, por el Coronel D. Luis Pérez Figueroa; y sus restos, despavoridos y acobardados, retrocedieron violentamente hacia el punto de su partida. Pérez Figueroa extendió sus operaciones hasta los límites de la línea de Sotavento, y esto hizo recobrar brío y confianza á nuestros soldados; y como por esa época comenzaban á activarse las operaciones en la costa de Sotavento, en donde tenían el mando superior de los republicanos los Generales D. Juan Foster y D. Ignacio Alatorre, la columna que ocupaba á Cosamaloápam contramarchó repentinamente, dejando limpio el terreno comprendido hasta Omealca, y desde ahí hasta el camino de Veracruz.

García reocupó á Cosamaloápam, concentrando todas las infanterías, á excepción de la del Capitán Ortiz, desde ese punto hasta San Jerónimo, á tres leguas de distancia de Tlacotalpam, ordenando á aquél que acampara definitivamente frente á esta ciudad, y al Teniente Coronel Zamudio, que con una fuerza de la misma arma y otra de caballería la hostilizara constantemente por tierra, á la vez que Ortiz inquietaba por su parte á la guarnición; y como ambos cumplían satisfactoriamente, dió por resultado inmediato que el hospital militar del enemigo estuviera siempre lleno de enfermos á causa de las continuas desveladas que tenían que soportar, y del rigor de la estación y de las enfermedades consiguiéntes, á gentes para cuya mayoría el clima era mortal.

Entonces se pensó seriamente en abrir una campaña formal.

La derrota de la columna austriaca, y la retirada intempestiva de la que había ocupado á Cosamaloápam y la concentración de nuestras fuerzas, apoyadas por las del Coronel Pérez Figueroa, que venían á ser el centro de las de la costa y las que mandaba el General Díaz en Oaxaca, no sólo hizo imposible la ocupación del territorio costero, sino que puso

en grave conflicto á la guarnición de Tlacotalpam. El General García quiso dificultar más aún esa situación y dictó una medida encaminada á ello; pero tan impolítica como contraproducente, pues si es cierto que cerraba en absoluto toda comunicación, á fin de que el enemigo no tuviera la más leve noticia de sus operaciones, también lo es que cegó en parte nuestra única fuente de riqueza, prohibiendo al comercio la introducción de efectos procedentes de aquella ciudad, que en último análisis para nada necesitaba de nosotros, toda vez que tenía á su disposición centros mercantiles como Veracruz. Esta poco meditada disposición exasperó el ánimo del jefe militar que mandaba en Tlacotalpam y disgustó al comercio en general, siguiéndose de ahí, como consecuencia precisa, que el Coronel Camacho, á su vez, hiciera igual prohibición dentro de la línea de su mando: el General García careció desde entonces de noticias diarias respecto del enemigo, no obstante que contaba dentro de la plaza con buenos y leales amigos, porque aquél extremó la vigilancia, y era difícil que nadie saliera sin ser aprehendido.

Por entonces llegó al Cuartel general republicano un enviado del Coronel D. Luis Mier y Terán, quien desde Veracruz comenzaba á ocuparse nuevamente de los asuntos públicos; y á la vez que participaba su próxima llegada para ponerse de acuerdo con García, daba noticias de que un tal Nicolás Echagaray, que se decía Mayor de uno de los cuerpos que guarnecían á Tlacotalpam, se hallaba dispuesto á reconocer á la República con toda la guarnición, mediante ciertas condiciones, y si se le ministraban recursos para comprar á los cabos y sargentos de sus cuerpos. Era el antiguo sistema de los conservadores: venderse al que mejor pagaba.

Al efecto, el General García debía enviar un comisionado á aquella plaza con instrucciones precisas y dinero suficiente para el cohecho de las clases citadas; y además un anillo que remitió Terán igual á otro que poseía Echagaray, y que de-